

HERMANO Y MAESTRO

(Recuerdos de infancia y juventud)

EVOCO mis recuerdos más remotos, aquellos que se confunden con los primeros destellos de mi razón, y veo en torno mío dos imágenes inseparables y constantes: la de mi madre y la de mi hermano Pedro. El mundo, para mí, se concentraba en esos dos seres. Mi padre y el mayor de mis hermanos se encontraban ausentes desde tiempo atrás y yo no podía hacer memoria de ellos.

¡Quién sabe a qué lejano momento del alborear de mi vida se remontan algunos recuerdos vagos, confusos, a modo de nebulosa! Así la visión imprecisa y fragmentaria de la casa en que viví mis primeros años: era una casa de dos plantas, que hacía esquina, y ocupaba un solar no muy espacioso. Mi primer recuerdo concreto es el de nuestra mudanza a otra casa, de una sola planta, que me deslumbró por su amplio jardín central, encuadrado por frescos corredores, en medio del cual se alzaba una altísima pajarera habitada por aves canoras. Había también un vasto traspatio donde no faltaban árboles frutales.

Para entonces tenía yo cinco años. Algunas discípulas de mi madre, que en la propia casa tenía instalado el Instituto de Señoritas, fundado por ella diez años atrás, me habían enseñado a deletrear. Pedro, que me llevaba un año y meses,

* Publicado en Pedro Henríquez Ureña, *Antología, Selección, prólogo y notas* de Max Henríquez Ureña, Librería Dominicana. Ciudad Trujillo, 1950. Lo reproducimos por expresa indicación del autor, con las correcciones hechas por él mismo. (A. A. R.).

sabía leer ya y trataba de ejercitarme en el conocimiento de los números, a los cuales se había aficionado. Fué él, pues, mi primer maestro en los rudimentos de las matemáticas. Desde tan temprana edad demostraba él su natural vocación y aptitud para la enseñanza. Nuestra residencia en la calle Duarte, estaba separada solamente por una manzana de la casa solariega de nuestra familia materna, situada en la calle 19 de Marzo, esquina a la calleja de la Cruz, hoy Salomé Ureña. Algún familiar nos conducía casi a diario, a Pedro y a mí, a esta última casa, donde vivía nuestra abuela, Gregoria Díaz viuda de Ureña, a quien llamábamos "Manina", con su hermana Ana, que regentaba desde hacía cincuenta años una escuelita de primeras letras, y con nuestra tía Ramona, única hermana de mi madre, que profesaba a Pedro especial cariño; y esa marcada preferencia me hizo creer, durante largo tiempo, que era su madrina; pero fue Valentina Díaz de Morales, prima de nuestra madre, la que llevó a Pedro a la pila bautismal. Durante el corto trayecto, Pedro me hacía leer en alta voz los números de las casas. Mi dicción era incompleta y defectuosa: pronunciar algunas letras, como la erre, representaba para mí una empresa imposible, y me daban mucho trabajo los dip-tongos. "Un 'tes' y un 'cato': ¡tenta cato!", exclamaba yo, ufano, descifrando un número que Pedro señalaba. "¡Trein-ta-y-cua-tro!", rectificaba él, lenta y pacientemente. "Eso es, —confirmaba yo—, 'ten-ta-y-ca-to!'" Lo cierto es que, en poco tiempo, la numeración corriente no tuvo secretos para mí.

En cambio, seguía paralizado mi aprendizaje de la lectura. Y he aquí el segundo recuerdo importante de mi vida: una prima noche tenía yo en la mano un libro de fábulas (creo que era una edición de la casa Paluzie, y contenía las de Esopo, Fedro, Iriarte y Samaniego). Con envidia lo había visto manejar por Pedro. Traté de repetir el ejercicio acostumbrado del deletreo y súbitamente, al decir "efe-a", "fa", "be-u", "bu", "ele-a", "la", se me ocurrió repetir las tres sílabas seguidas y dije: "fá-bu-la". "¡Oh —exclamé, acudiendo al lado de Pedro— aquí dice 'fábula'!". "—Sí", confirmó él. No necesité más, y penetré corriendo en la sala, donde mi madre atendía unas visitas. "¡Ya sé leer!", grité lleno de júbilo; y al día siguiente esperé con impaciencia la llegada de mi tío Federico,

que concurría a dictar algunas clases en el Instituto, y a menudo me preguntaba cuándo iba yo a aprender a leer. Verlo entrar, y acudir hacia él gritando: “¡Ya sé leer!”, fue todo uno. Y lo obligué a detenerse y a oírme leer el principio de una fábula. Mi tío Federico, —“tío Fellé”, como le decíamos sus numerosos sobrinos—, era el padrino de bautismo de Pedro, y yo pretendía disputárselo, pues no entendía por qué no había de serlo mío también, y a la larga hube de declararlo mi “padrino adoptivo”.

Poco tiempo me bastó para convertirme en un lector asiduo, como ya lo era Pedro, y en compartir con él muchas lecturas. Desde tan temprana época adquirimos el hábito de leer juntos, que conservamos hasta muy avanzada nuestra juventud.

El tercer hecho importante que guardo en la memoria fué el regreso de mi padre y de mi hermano Fran. Algunas semanas antes, mi tío Federico había llegado con un papel en la mano, y dirigiéndose gozoso a mi madre, exclamó: “¡Albricias, Salomé!” Nos llamó después, a Pedro y a mí, y nos dijo que ese papel era un telegrama en el cual mi padre anunciaba que pronto estaría entre nosotros. Nos leyó el texto del mensaje, que yo apenas habría comprendido sin ese preámbulo, porque en él se hacía referencia a exámenes terminados y a otras cuestiones cuyo alcance no me era dable medir. En suma, mi padre, que había ido a Europa a ampliar sus estudios de medicina, acababa de obtener el doctorado en la Universidad de París y se reintegraba a su patria y a su hogar.

Su llegada transformó y amplió para mí el mundo circunstante. Desde el primer momento comprendimos Pedro y yo que en él teníamos un guía y un mentor de gran autoridad, cuya “voz magistral” nos producía honda impresión. Y con nuestro hermano Fran ganamos un compañero de más edad y experiencia, a quien realzaba a nuestros ojos el prestigio de haber vivido cerca de tres años en París.

Estudiábamos los tres en la propia casa, bajo la dirección de nuestros padres, que deseaban ser nuestros propios maestros; pero el maestro de quien yo sacaba más provecho, porque estábamos juntos casi todo el tiempo, era Pedro, que al igual que mostraba destreza y rapidez para el cálculo mate-

mático elemental, se interesaba grandemente por la zoología, lo que movió a mi padre a adquirir para él la *Historia natural* del doctor Brehm, publicada en ocho o diez grandes tomos, profusamente ilustrados, por una editorial de Barcelona. También sentía gran atracción por la geografía, y recitaba de corrido los nombres de las capitales de todos los países del mundo, ya fueran independientes, ya fueran colonias. A esa época corresponde una anécdota que oí contar a mis mayores: mi padre fue a presenciar unos exámenes de fin de curso en el Colegio San Luis Gonzaga, y llevó a Pedro consigo. Esos exámenes se hacían entonces con gran afluencia de público, en forma de exhibición más o menos teatral, y los visitantes distinguidos eran invitados a formular preguntas a los examinados. Uno de los visitantes inquirió: “¿Cuál es la capital de Curazao?” El alumno se quedó perplejo y a la postre dijo: “yo creía que Curazao no tenía más nombre que Curazao”. El visitante que había hecho la pregunta declaró entonces, sonriente: “No, la capital de esa posesión holandesa tiene otro nombre, pero yo tampoco lo sé. A ver quién lo sabe . . .” Hubo algunas risas y comentarios. De pronto, una voz infantil rompió el silencio: “Yo sí lo sé: ¡Willemstad!” Era Pedro.

Un día llegó a casa un señor de tez bronceada y porte severo, aunque esa severidad era atenuada por su mirada acogedora y bondadosa. Mis padres los recibieron con grandes muestras de cariño. Mis hermanos y yo fuimos llamados a saludarlo. Para todos tuvo una frase afectuosa, especialmente para Pedro, a quien no cesaba de alabar lo crecido y fuerte que estaba, a pesar de que en su más tierna infancia había sufrido quebrantos graves.

—Pues vas a ser su padrino de confirmación —le advirtió mi padre.

Días después el visitante vino en busca de Pedro para llevarlo al palacio arzobispal, en cuya capilla ofició para confirmarlo Monseñor de Meriño.

El padrino de confirmación de Pedro era el autor de las estrofas del “Himno Nacional”, Emilio Prud’homme, que entonces dirigía en Azúa la escuela Perseverancia y había venido en esos días a la capital para asistir a la investidura de un grupo de discípulos suyos en la Escuela Normal. Al acto de la

investidura llevó mi padre a Fran y a Pedro. Yo quedé en casa, inconforme.

Otro hecho digno de mención ocurrió al año siguiente: Pedro y yo fuimos, en compañía de nuestra madre, a Puerto Plata, donde permanecimos cerca de tres meses. Fue aquél nuestro primer viaje, y tal circunstancia es bastante para señalar la importancia que para nosotros tuvo ese acontecimiento. La distancia no era larga, pero el viaje se hacía entonces por la vía marítima, con lentitud que para nosotros era plausible. Ibamos en un barco de la línea Clyde, si mal no recuerdo el *Saginaw*, e hicimos escala de un día en San Pedro de Macorís y de tres días en Sánchez, frente a la espléndida bahía de Samaná, que nos causó impresión imborrable.

En Puerto Plata nos recibió y hospedó José Dubeau, fraternal amigo de mi padre, y padrino mío de confirmación. La esposa de Dubeau, Zenona, y su hermana Casimira, prodigaron atenciones solícitas a mi madre, cuyos quebrantos habían motivado ese viaje de descanso. Constantemente venía a verla, como médico y como amigo, el doctor Carlos Alberto Zafra, que mi padre consideraba como un familiar. Mi madre se repuso bastante y tuvo ánimo para escribir algunos versos, cosa que ya sólo hacía de tarde en tarde. Iba a celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América y mi padre le había pedido que escribiera algunas estrofas para el acto conmemorativo que en la capital iba a celebrar la sociedad de "Amigos del País". Ella, que a esa sociedad debía señalados y repetidos homenajes, se apresuró a escribir una composición poética intitulada "¡Tierra!", a la que mi padre tuvo el encargo de dar lectura. Pero en la ciudad de Puerto Plata existía otra sociedad que había adoptado el nombre de una de las composiciones más celebradas que escribió mi madre en su juventud: "La fe en el porvenir"; y tampoco quiso ella negarse a complacer idéntica petición que esta institución le hiciera. Escribió unas estrofas con el título de "Fe", y ella misma fue a leerlas en los salones de la "Fe en el Porvenir", el doce de octubre de 1892. A Pedro y a mí nos llevaron al acto, aunque nos situaron a alguna distancia: pudimos, más que oírla, verla aparecer en el estrado, donde se destacaba su figura, vestida de negro, con la majestuosa sencillez que le

imprimían su mirada serena y grave y su elevada estatura. Cuando ella terminó, una voz juvenil y estentórea se hizo oír, por encima del unánime aplauso: “¡Viva la ilustre poetisa nacional!” La muchedumbre, entusiasmada, coreó el viva. ¿Quién lo había iniciado? Mi madre lo preguntó y le dieron este nombre: Enrique Deschamps. Fue esa la última vez que mi madre apareció en público.

Dos semanas después regresamos a la capital. Mi madre volvió a sus tareas habituales al frente del Instituto de Señoritas, pero su estado de salud, por un lado, y las obligaciones profesionales de mi padre, por otro, hacían cada vez más difícil el plan, que tan grato era a ambos, de que no tuviéramos otra escuela que el propio hogar. La llegada de Prud’homme, quien, por no ser grata su presencia en Azúa al gobierno de Ulises Heureaux, se había visto obligado a trasladarse a Santo Domingo, donde fundó un nuevo plantel de enseñanza, el Liceo Dominicano, resolvió la cuestión: ir a la escuela de Prud’homme, que tan identificado estaba con nuestros mayores, era más o menos igual que seguir los estudios en nuestra propia casa. Tenía yo poco menos de diez años y Pedro sobrepasaba los once cuando, por vez primera, concurrimos a una escuela. Fran era el único de nosotros que había pasado por esa experiencia: había asistido en Francia a un aula de párvulos. Fran y Pedro ingresaron juntos en el curso preparatorio del bachillerato. Yo quedé en el penúltimo grado de los estudios primarios.

Aunque separados por el plan de estudios, hubo, sin embargo, un aspecto de nuestro desarrollo intelectual en el que Pedro y yo seguimos unificados: el de nuestras lecturas, que continuamos haciendo juntos. Nuestra afición a las letras se había manifestado de manera precisa desde algún tiempo antes: Pedro contaba poco más de nueve años y yo ocho, cuando leíamos la encomiable traducción que de algunas obras de Shakespeare había hecho el peruano José Arnaldo Márquez. Empezamos por la *Comedia de las equivocaciones*, *Como gustéis*, *Cuento de invierno* y *Sueño de una noche de verano*, para seguir con *Las alegres comadres de Windsor*, *Coriolano* y *Julio César*, avaloradas nuestras lecturas por los comentarios y explicaciones que nos daba nuestra madre; pero nuestro

mayor empeño era leer a *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y *Otelo*, cuyos argumentos conocíamos por múltiples referencias. Llegó a poco un actor italiano, Luis Roncoroni, que recorría los pueblos de habla hispánica del Caribe y que a pesar de su defectuosa pronunciación del español era muy popular por su excelente repertorio, en el cual figuraban esas tres obras. Cualquiera que fuese el mérito de Roncoroni, lo cierto es que este actor de la lengua difundía a su paso el conocimiento de las grandes obras teatrales de todas las literaturas, y prestaba así un positivo servicio a la cultura general de los pueblos que visitaba. Pedro y yo asediamos a nuestro padre para que nos llevara a las representaciones de Shakespeare, y él, que no gustaba de Roncoroni como actor, confió a nuestra tía Ramona el encargo de acompañarnos, ya que mi madre, cuya salud seguía siendo precaria, tampoco pudo ir con nosotros al teatro.

El haber visto esas obras en escena acrecentó en nosotros el ansia de leerlas, y un día nos aparecimos Pedro y yo en la "Gran Librería Selecta", que regenteaba el profesor Félix Evaristo Mejía, para preguntar si allí estaban a la venta las obras completas de Shakespeare. "—Bueno, —nos dijo Mejía—, las tengo completas hasta donde llega hoy la traducción que publica la Biblioteca Clásica de Madrid".

—Queríamos verlas, —apuntó Pedro.

Vaciló Mejía, considerando que sólo éramos unos chiquillos, y murmuró:

—Pero... a ustedes ¿quién los manda?

—Venimos por nuestra cuenta... queremos conocer a Shakespeare entero.

—¿Ustedes? ¡Vamos! ¿Cómo van a entenderlo?

—Pues sí que lo entendemos y nos gusta mucho—, exclamé encarándome con Mejía.

Pedro me impuso silencio, mientras Mejía echaba a reir de buena gana.

Ya en la calle, Pedro decidió:

—Mañana volveremos con papá.

Así fue. Nuestro padre nos acompañó a la librería y, para orgullo nuestro, explicó a Mejía cuáles eran nuestras lecturas y aficiones y cuánto entusiasmo teníamos por las obras de Sha-

kespeare, cuya colección (traducción de Mac Pherson) adquirió acto continuo y allí mismo la puso en nuestras manos. Salimos con los libros bajo el brazo y la frente alta, por haber visto rehabilitado nuestro crédito intelectual ante el profesor Mejía.

Para entonces nos habíamos mudado a una casa de dos plantas, muy próxima a la Catedral, en la calle del Arquillo, con buenos salones y cinco balconcetes en el frente. Era más amplia todavía que la anterior, y también tenía magnífico jardín y enorme traspatio. En esta casa nació mi hermana Camila. Allí pudo instalarse mejor la biblioteca de mi padre, que en su mayor parte era de obras de medicina, pero tenía una sección literaria abundante, aunque en ella, para contrariedad nuestra, predominaban los libros en francés, y el único que entonces conocía ese idioma entre nosotros era Fran. A veces nuestra madre nos traducía, leyéndonos unas cuantas páginas por día, algún libro que nos interesaba conocer. En esta nueva residencia teníamos, exclusivamente para nosotros, un cuarto de juegos que en realidad era destinado a lecturas y a conatos de representaciones teatrales.

Asomados una tarde a uno de los balcones del salón principal que daba a la calle, hablábamos Pedro y yo de lo interesante que sería coleccionar la obra de todos los poetas dominicanos.

—Y que ya son muchos . . . , —comentábamos.

—Sin ir muy lejos, miren para ahí enfrente y verán a dos de los mejores, —advirtió nuestra tía Ramona.

En efecto: en la acera opuesta estaba José Joaquín Pérez en conversación con mi tío Federico: salían de la “Imprenta Quisqueya”, que era de mi tío.

—Ya esos dos, —dijo Pedro—, están en *La lira de Quisqueya*, que es lo único que se ha hecho para reunir poesías dominicanas. ¡Pero hay tantos otros . . . ! Valdría la pena hacer una nueva *Lira de Quisqueya* . . .

—Pues vamos a hacerla . . . —, dije.

Desde ese día, tijera en mano, nos pusimos a la obra. Muchos periódicos y revistas llegaban a casa: *Letras y Ciencias*, que dirigía mi tío Federico; *Prosa y Verso*, que en Macorís publicaban los hermanos Deligne junto con L. Bermúdez;

El Hogar, fundado por Fabio Fiallo; y en el *Listín Diario* y *El Eco de la Opinión* se publicaban, ya secciones literarias de alguna amplitud, como *Los Lunes del Listín*, ya composiciones o trabajos literarios sueltos. Además, contábamos con muchos periódicos que se conservaban entre los papeles de mi abuelo Nicolás Ureña, y en ellos encontramos abundante cosecha de la poesía dominicana de algunas décadas atrás.

Yo reuní muchos pliegos de papel en blanco, que doblé y corté adecuadamente para formar cuadernillos de dieciséis páginas y coserlos después, poniéndoles tapas de cartón y dándoles una encuadernación tosca y primitiva. En esos volúmenes se copiaban las composiciones poéticas que queríamos conservar, o se pegaba el recorte de las que, por esa circunstancia, no era necesario entretenerse en copiar. El título que adopté y Pedro aprobó, fue: *Poetas Dominicanos*. Tres volúmenes gruesos fueron el fruto de ese empeño. En el último había una sección que en rigor debió ser más extensa y pudo abarcar, por lo menos, más de la mitad de la colección. El título que llevaba esa sección era: "Ensayadores". (Todavía conservo ese tomo).

Pedro me ayudaba a almacenar ese centón y solía copiar, con su excelente letra, que siempre fue clara y fina, muchas poesías: pero prefirió dedicarse a un solo autor, y así empezó a reunir, y en esa labor continuó varios años, copiándolas él mismo en un grueso cuaderno, todas o casi todas las composiciones poéticas de José Joaquín Pérez. A la muerte de José Joaquín, esa colección de Pedro fue utilizada para preparar la futura edición de la obra del poeta, que sólo vio la luz bastantes años más tarde con el título de *La Lira de José Joaquín Pérez*.

Pero Pedro y yo no nos conformábamos con ser noveles hacedores de colecciones de versos, tomándolos de los periódicos: quisimos tener periódicos propios. Yo lancé a la circulación en el hogar una hojita manuscrita semanal, con pésima letra y alguna que otra falta de ortografía. Le puse por nombre: *La Tarde*. Naturalmente, se editaba un solo ejemplar, que circulaba por la casa de mano en mano. Alguien me hizo observar que el nombre elegido era más propio de un diario que saliera todas las tardes, y entonces lo cambié por el de

El Faro Literario. Pedro echó a la circulación otra hojita, también hebdomadaria, que bautizó: *La Patria*, y en ella aparecieron reproducciones de nuestros poetas, con comentarios suyos, que acaso fueron la primera manifestación de sus futuras dotes de crítico y ensayista. ¡Y qué clara y limpia la letra, que motivó en *La Tarde* calurosos elogios a la “moderna y nítida impresión del colega”, *La Patria*.

Pero llegaron días de inquietud y de zozobra. Desde el nacimiento de nuestra hermana Camila el estado de salud de nuestra madre se agravaba de día en día, razón por la cual ella se había decidido a cerrar el plantel de enseñanza que había fundado quince años antes y que había dado al país un valioso contingente de maestras normales, que por su capacidad y preparación prestaron una contribución de primer orden a la cultura general y, en especial, a la de la mujer dominicana. Mi padre había resuelto, inconforme con el régimen del Presidente Ulises Heureaux dentro del cual él y sus mejores amigos eran objeto de continua vigilancia, emigrar a Cabo Haitiano, donde había encontrado, al visitarlo poco antes, campo favorable para el ejercicio de su profesión de médico. Llevar a Cabo Haitiano a mi madre, en quien la tuberculosis hacía rápidos estragos, era someterla a un esfuerzo demasiado fatigoso, pues sólo había vapores directos hasta Puerto Plata. Mis padres optaron por una solución intermedia: mi madre quedaría con Pedro y conmigo en Puerto Plata, cuyo clima era agradable y sano, y después se vería si era posible que continuara el viaje hasta Cabo Haitiano.

Emprendimos todos el viaje a Puerto Plata, donde mi padre había tomado en arrendamiento una pintoresca casita próxima a la playa. Nos acompañó él durante el primer mes de nuestra permanencia en Puerto Plata y asistió a la velada que organizamos para inaugurar una sociedad literaria infantil, “El Siglo Veinte”, cuya presidencia entendimos que sólo podía desempeñar nuestra propia madre. Ella sonrió al oírlo, protestando de que su única labor presidencial iba a ser la de asistir, desde su asiento, a nuestras reuniones y que mejor debía presidir la sociedad uno de nosotros.

—Cuando veas la gente que viene, —le decíamos—, te

darás cuenta de que ninguno de nosotros podría ocupar la presidencia...

Empezaron a llegar los invitados: Dubeau, las hermanas Meireles, Carmen Lovatón de Meunier, Antera Mota de Reyes y su hermana Mercedes, con algunas alumnas del plantel que Antera regenteaba, y otras amistades más. Pedro leyó una página suya, delicada y emotiva, con recuerdos de sus primeros años; pero la revelación de la noche fue nuestro hermano Fran, que hasta entonces no había demostrado igual afición a las letras, y se dio a conocer con unos fogosos párrafos, a los que puso el título de "Insurrecta", y que se inspiraban en la guerra de la independencia de Cuba. Creo que empezaban así: "¡Regocijémonos! La Cuba ha despertado. ¿No la véis?..."

Dos o tres veces al mes ofrecía la sociedad "El Siglo Veinte" unas veladas similares, y alternando con ellas se celebraban otras en el plantel de Antera Mota, con el concurso de algunas de sus alumnas. Uno de los primeros esbozos críticos de Pedro fue un comentario que leyó sobre una conocida composición poética de Gutiérrez Nájera, "La Serenata de Schubert", que fue recitada por la alumna Concepción Meana, hija de emigrados cubanos. Naturalmente, el público que concurría a estas reuniones era mucho más numeroso que el de las veladas de "El Siglo Veinte", a las cuales sólo asistía un grupo de íntimos que no pasaba de la veintena. De ahí que en las veladas del plantel de Antera Mota se repitieran a veces algunos números de los programas de "El Siglo Veinte", y tanto la "Insurrecta" de Fran como la página hogareña de Pedro merecieron esos honores.

Esa página de Pedro, escrita con corrección y sentimiento, movió a mi madre a escribir las dos estrofas finales de una composición, empezada hacía años, que todos en casa sabíamos de memoria: "Mi Pedro". Fueron esas dos estrofas lo último que ella escribió. Terminan con una expresión de firme confianza que equivale a una profecía:

Así es mi Pedro: generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡te lo confío!

La muerte inesperada de nuestra tía-abuela Ana Díaz, acontecimiento que inspiró a Pedro una página sentida intitulada "Nostalgia", hizo que mi madre se determinara a hacerlo embarcar para Santo Domingo, a fin de que acompañara un tiempo a nuestra abuela y a nuestra tía Ramona.

No tardamos en seguir sus pasos: mi madre se sentía cada vez peor y tomó la resolución de regresar también a su ciudad natal, con el presentimiento de su próximo fin. Mi padre se apresuró a acudir a su lado para prestarle auxilio, pero ella sólo sobrevivió unas semanas más.

Tras de aquel golpe terrible había que organizar de nuevo nuestra vida. Mi padre, a quien sólo el estado de salud de mi madre había obligado a retornar a Santo Domingo, se encaminó otra vez a Cabo Haitiano, resuelto ya definitivamente a no regresar al país mientras gobernase Ulises Heureaux. A poco nos llamó a su lado. En unión de dos hermanas de mi padre: Clotilde (a quien acompañaban sus pequeños hijos Flérída y Carlos) y Adelina, emprendimos el viaje Fran, Pedro, Camila y yo.

Nos detuvimos varios días en Puerto Plata, en espera del barco que había de llevarnos a Cabo Haitiano. Las hermanas Mota no dejaron pasar la ocasión de celebrar, en obsequio de nuestra prima Flérída, una velada infantil. Pedro leyó allí unos versos a la memoria del poeta boricueño Francisco Gonzalo Marín, muerto en la guerra de Cuba. Eran los primeros versos que daba a conocer en público, y a todos nos pareció, a partir de ese momento, que Pedro había de ser, ante todo y sobre todo, un poeta. Además, sin asumir el papel de improvisador, Pedro solía, en tono de broma, expresarse en verso, ya para matizar la conversación, ya para recoger incidentes familiares en forma epigramática o anecdótica. No he olvidado esta quintilla suya que reproduce un intercambio de frases entre los dos primos que en aquel momento compartían nuestra vida:

En conversación ayer
Flérida a Carlos decía:
"Cuando un año yo tenía,
tú no soñabas nacer".
"¡Pero si yo no dormía!..."

Reiniciamos en Cabo Haitiano las veladas de "El Siglo Veinte", que ahora abría nuestro padre, dándonos a conocer composiciones poéticas de autores españoles contemporáneos. Pedro leía nuevas poesías de su cosecha, entre ellas un canto "A Shakespeare", algo declamatorio, pero de bonita factura.

Agradables fueron las semanas que, todos reunidos pasamos en Cabo Haitiano, pero a la postre no sólo nuestras tías tuvieron que regresar a Santo Domingo, sino que además mi padre, deseoso de no interrumpir o retardar los estudios de bachillerato de Fran y Pedro, decidió que ellos dos volvieran a Santo Domingo para reingresar en el Liceo Dominicano.

Quedé, junto con mi padre, en Cabo Haitiano. Por primera vez tuve que separarme de Pedro por un tiempo relativamente largo, pero nuestra comunicación era constante, y en ese comercio epistolar dedicábamos no poco espacio a comentar nuestras lecturas. Aprendí el francés, que ya Pedro podía leer aunque todavía no tenía el hábito de hablarlo, y esto ampliaba grandemente el horizonte de nuestra cultura. También nos atraía la música: Pedro y yo habíamos empezado juntos en Cabo Haitiano el aprendizaje del piano, pero él hubo de interrumpirlo al retornar a Santo Domingo. Nunca, sin embargo, abandonó su afición a la buena música, que sabía apreciar con fino sentido crítico y constituyó siempre para él un alto placer estético.

Yo seguí la "publicación" de *El Faro Literario*, que después se convirtió en *El Siglo Veinte*. El único ejemplar de ese periódico manuscrito, después de leído por los íntimos en Cabo Haitiano, era remitido a Santo Domingo para otro grupo de lectores: Fran, Pedro, Ramona, Leonor M. Feltz (la discípula predilecta de mi madre), y algunas otras personas de nuestro grupo familiar. Una sección de artículos de costumbres, que yo redactaba en tono humorístico, hacía reír mucho a mi tía Ramona, y Pedro llegó a pensar que habría de sobresalir en el género. No ha sido así, sin embargo; prueba de que

los vaticinios resultan difíciles cuando, a esa edad, la curiosidad o la versatilidad intelectual nos mueven a espigar en campos muy diversos. Cuando Pedro contaba pocos años hubo quienes declararon que su porvenir estaba en las matemáticas; después pareció que las ciencias naturales lo atraían más que todo otro orden de conocimientos; más tarde veíamos en él a un poeta: sólo pasado algún tiempo pudimos clasificarlo como humanista y ensayista, y él lo confirmó así al abandonar la poesía, que sólo ha quedado, en el proceso de su vida literaria, como una afición juvenil, aunque llegó a producir algunas composiciones de elevada inspiración.

Esta primera separación no duró tanto como al principio creíamos. Alarmado por los acontecimientos políticos de nuestro país, mi padre se apresuró a hacer que Fran y Pedro regresaran a Cabo Haitiano. Había ocurrido el caso del *Fanita*, el fracasado asalto a Montecristi por Juan Isidro Jimenes y Agustín Morales, que en ese empeño perdió la vida. Mi padre era uno de los aliados y consejeros con que contaba Jimenes para sus planes revolucionarios contra Heureaux y para la organización de su futuro gobierno. Aunque mi padre estimó prematura la arriesgada empresa del desembarco en Montecristi y opinó que para iniciar una revolución poderosa debía esperarse a que la situación económica del gobierno de Heureaux, ya en extremo precaria, se hiciese insostenible, su colaboración con Jimenes no era un secreto para Heureaux.

Por tales motivos, mi padre empezó a prepararse para trasladar sus reales a otra parte, previendo el caso de que, bajo la presión de Heureaux, el gobierno haitiano, en cumplimiento de un acuerdo de cooperación política concertado poco antes con el de Santo Domingo, podía expulsarlo del territorio de Haití. No se confirmaron estos temores y permanecimos en Cabo Haitiano, donde mi padre había contraído segundas nupcias con Natividad Lauransón. Desde luego, con la llegada de Fran y Pedro a Cabo Haitiano, se reanudaron las veladas de "El Siglo Veinte", ahora con mayor variedad de programas, pues a los números literarios se agregaban los musicales, que yo ejecutaba en el piano, al cual me había consagrado con entusiasmo. En nuestra primera reunión leyó Pedro una composición que lo confirmó a nuestros ojos como

poeta: "Incendiada", poemita en que se advierte la influencia de Gastón Deligne y acaso aun más la de su hermano Rafael, que acababa de ser laureado por otro poema breve de análoga factura: "Insolación". Los poemas de Gastón eran de tipo psicológico; el de Rafael Deligne, al igual que la "Incendiada" de Pedro, era más descriptivo que psicológico.

Meses después, el 26 de julio de 1899, caía en Moca, abatido a balazos, el Presidente Heureaux. Durante unas semanas, aunque llegaban a Cabo Haitiano los ecos de la fuerte reacción de la opinión pública en todo el territorio dominicano contra los restos del gobierno que él había presidido, no había constancia de que se hubiera organizado formalmente un movimiento revolucionario para liquidar esa situación. El general Andrés Navarro, partidario de Jimenes, se levantó en armas con un grupo en la línea noroeste, inmediata a la frontera haitiana. Desde el Cabo, mi padre y su concuño Abraham Pretto, le hicieron llegar ocultamente algunas armas y pertrechos. En eso, los conjurados del 26 de julio lograron formalizar la revolución en el Cibao, y en pocos días ocuparon las principales poblaciones, acogidos con popular entusiasmo, para dirigirse luego a la capital de la república, no sin constituir antes un gobierno provisional bajo la presidencia del General Horacio Vázquez.

El tres de septiembre entró en el puerto de Cabo Haitiano el vapor *Georges Croisé*, a bordo del cual Juan Isidro Jimenes, que lo había fletado en Cuba, venía en busca de mi padre.

En el momento de echar anclas el *Georges Croisé* mi padre celebraba una consulta médica sobre un caso grave, a bordo de un barco alemán que iba de tránsito. Mis hermanos y yo, en unión de nuestros primos Fernando Abel y Angel Salvador, que habían llegado antes a Cabo Haitiano, acudimos en un bote para dar a mi padre aviso de la llegada de Jimenes. El nos hizo saber que se trasladaría de un barco al otro en cuanto terminara la consulta para la que había sido llamado, y fuimos a esperarlo al *Georges Croisé*, a donde llegó al cabo de media hora. Se apartó con Jimenes y con el General Luis María Hernández Brea, que también venía en el *Georges Croisé*, a un extremo de la cámara, y después de larga conversación vino hacia nosotros para invitarnos a regresar con él a tierra

y anunciarnos que a las pocas horas seguiría viaje en el mismo vapor, rumbo a Puerto Plata.

Comprendimos desde ese momento, llenos de júbilo, que había llegado la hora de regresar a nuestro país, y poníamos toda nuestra esperanza juvenil en el nuevo gobierno que pronto había de constituirse. En uno de nuestros periódicos manuscritos escribió Pedro un razonado artículo enjuiciando la personalidad política de Heureaux. Aunque ese trabajo era el fruto de una inteligencia de quince años, ya en él se perfilaba el futuro ensayista.

Mi padre volvió semanas después, resuelta ya la elección de Jimenes como Presidente constitucional y la de uno de los jóvenes revolucionarios del 26 de julio, hasta ese momento presidente "de facto", el General Horacio Vázquez, como vicepresidente. Un barco de guerra nacional, el *Independencia*, vino en busca de mi padre, y con él embarcamos todos hacia Santo Domingo. Llegamos a la capital la víspera del día en que había de constituirse el Congreso Nacional recién elegido, del cual formaban parte Prud'homme y Dubeau, los dos fraternales amigos de mi padre. Depurado el cómputo electoral, fueron proclamados Jimenes y Vázquez, que al punto prestaron juramento. En el gabinete que formó Jimenes ocupó mi padre el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. El gobierno se inició bajo los mejores auspicios y es lástima que al cabo de dos años y medio se viera tronchada la obra de civilismo iniciada de tal suerte por un grupo de hombres de buena voluntad y que el país cayera otra vez en la endemia revolucionaria.

Para mis hermanos y para mí, el retorno a la patria fue algo así como el despertar a una vida nueva, dentro de la cual veíamos de momento colmados nuestros anhelos de actividad intelectual. Encontramos un grupo de amigos cuyas aficiones eran semejantes. Con Apolinar Perdomo, Bienvenido Iglesias, Mario Mazara y Porfirio Herrera inició mi hermano Fran la publicación de una revista literaria, *El Ibis*, mientras José Esteban Buñols lanzaba al público otra revista juvenil con el nombre de *Páginas*. Fundiéronse después las dos revistas en una tercera, *Nuevas Páginas*. En las tres colaboramos junto

con Fran. Además, Pedro y yo solíamos escribir en la *Revista Literaria*, que publicaba Enrique Deschamps.

Aparte de esos empeños que nos ponían en contacto con el público, habíamos convertido la casa de las hermanas Feltz, —Leonor, la discípula de mi madre, y Clementina—, en un centro de lecturas y de vida intelectual. Pedro lo recordó así años después en las palabras liminares de su segundo libro, *Horas de estudio*. Allí leíamos y comentábamos a Ibsen, releíamos a Shakespeare; revisamos no pocas lecturas clásicas y recorrimos, al través de sus figuras sobresalientes, las literaturas contemporáneas. La hora más favorecida para esas lecturas, que no se interrumpieron un solo día, era la del atardecer, pero muchas veces organizábamos sesiones que se prolongaban hasta ya avanzada la noche, porque se nos unían circunstancialmente nuestro tío Federico, Rodolfo Coiscou, Enrique Deschamps y algún otro íntimo, a los cuales se sumaron después nuestros primos Sócrates Nolasco y Enrique Apolinar Henríquez.

A principios de 1901 mi padre fue comisionado por el gobierno para trasladarse a los Estados Unidos de América y después a Europa, a fin de llegar a un arreglo con los tenedores de bonos de la deuda pública que quedaba al país como funesto legado del gobierno de Heureaux. Como Fran y Pedro habían obtenido poco antes el diploma de bachiller, mi padre decidió llevarlos consigo para que se quedaran en Nueva York a cursar estudios universitarios.

La correspondencia continua y copiosa de mis hermanos me hacía lamentar menos su ausencia. Correo tras correo me enviaba Pedro libros seleccionados por él, que utilizábamos para las lecturas en el salón de las hermanas Feltz. Enviaba también versos, que yo publicaba en una revista, *El Ideal*, que fundé con otros compañeros de una sociedad que tuvo corta vida, el Ateneo de la Juventud: Juan Tomás Mejía hijo, Armando Pérez Perdomo, y otros más. Entre las composiciones de Pedro publicadas en *El Ideal* se encuentra "Flores de Otoño", primeros versos de genuino sabor modernista que ostentaban la firma de un autor dominicano:

Crisantemas,
 crisantemas como el oro,
 crisantemas cual la nieve,
 desplegad vuestras corolas,
 las corolas como el sol del mediodía,
 las corolas como el mármol inmortal.

¡Qué lucentes
 en el rico invernadero
 o tras límpidas vidrieras,
 entre rosas como auroras,
 entre vívidos claveles como sangre,
 entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan,
 en atávicos ensueños,
 en olímpicas nostalgias,
 con su país encantado,
 con su patria luminosa que no han visto,
 con Cipango,
 con el lejano Japón?

Desterradas,
 sólo nacen con las nieblas,
 sólo viven en Otoño.

Flor de oro, flor de nieve,
 ya ha pasado entre esplendores el estío
 ya es la hora, desplegad vuestro botón!

Mi padre regresó meses después y dispuso que yo me trasladara a Nueva York para continuar allí mis estudios de música, que, según su plan, debía completar más adelante en Europa. Grande fue mi alegría al reunirme de nuevo con mis hermanos y reanudar mis habituales lecturas y comentarios con Pedro, que siempre me servía de guía. Nuevas perspectivas se abrían para nosotros en aquella inmensa urbe. Asistíamos constantemente a los mejores espectáculos y conciertos: si hoy aplaudíamos a Eleonora Duse, mañana tocaba el turno Henry Irving o a otras grandes figuras de la escena contemporánea; en el campo de la música nos fascinaba el conjunto de estrellas del Metropolitan Opera House, empezando por Marcela Sembrich, y nos deleitábamos con los "recitales" de

Paderewski, Kreisler y tantos otros artistas de excepcional valía.

El porvenir se presentaba halagüeño y venturoso a nuestros ojos; pero a poco el panorama cambió. Vinieron días aciagos para la república. El gobierno de Jimenes fue derribado por la revolución injustificable del veintiséis de abril de 1902. Mi padre se apresuró a comunicarnos que no podría mantenernos en Nueva York porque carecía de recursos para tal fin y se preparaba a trasladarse a Cuba en busca de un nuevo centro de actividad profesional.

Mis hermanos y yo decidimos buscar el modo de ganarnos la vida en Nueva York: Fran y Pedro encontraron trabajo como empleados de comercio y yo me coloqué temporalmente como pianista en un restaurante. Desde La Habana, nuestro padre insistía en llamarnos a su lado. Yo fui a hacerle compañía por breve tiempo, para calmar sus inquietudes, y regresé a Nueva York en momentos en que había estallado en Santo Domingo la revolución de marzo de 1903, que dió al traste con el gobierno provisional del General Horacio Vázquez. Nuevos sacudimientos sobrevinieron a poco, y mi padre, vuelto al país por asuntos de familia, emigró nuevamente y se estableció como médico en Santiago de Cuba. Allí fui a reunirme en 1904, después de corta permanencia en Santo Domingo. Mis hermanos se habían trasladado a La Habana donde, por recomendación del Generalísimo Máximo Gómez, obtuvieron empleo en la casa de Silveira y Compañía.

En Santiago de Cuba fundé y dirigí una revista, *Cuba Literaria*, en la cual colaboró asiduamente mi padre. Desde La Habana, Pedro, a más de colaborador, era, en realidad, un co-director de la revista. En *Cuba Literaria* publicó algunos de los trabajos que mejor lo dieron a conocer como crítico y ensayista, entre ellos los que dedicó a Rodó y a D'Annunzio y luego incluyó en su primer libro, *Ensayos críticos*, publicado en La Habana a fines de 1905. El libro fue bien acogido por la crítica en la América española. También de España recibió Pedro cartas y opiniones muy halagüeñas de Menéndez y Pelayo y otros escritores de renombre.

Ya para entonces había suspendido yo la publicación de *Cuba Literaria* y me encontraba junto a él en La Habana,

donde entré a formar parte de la redacción del diario *La Discusión* y de la revista semanal *El Figaro*. No habíamos, empero, de seguir juntos mucho tiempo, pues Pedro había decidido emprender viaje a México, para donde embarcó a principios de 1906. Permaneció unos meses en Veracruz, donde figuró como redactor de *El Dictamen* y lanzó a la publicidad, junto con Arturo R. Carricarte, la *Revista Crítica*, que alcanzó bastante resonancia en el mundo intelectual, aunque de ella sólo se publicaron tres o cuatro números.

De Veracruz se trasladó Pedro a la capital mexicana. Allí se relacionó al punto con el grupo literario de la *Revista Moderna de México*, que dirigía el poeta Jesús E. Valenzuela, y entró a formar parte del cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*. En casa de Valenzuela se reunían muchos escritores y poetas de alta significación dentro del movimiento modernista, entonces en auge: por allí desfilaban Luis G. Urbina, Balbino Dávalos, José Juan Tablada, Jesús Urueta y Efrén Rebolledo; a veces venía de Jalapa Salvador Díaz Mirón, y también concurrían, junto con los hijos de Valenzuela, entre los cuales Emilio solía cultivar el verso, no pocos jóvenes de la nueva generación, que en su mayoría se han destacado después tanto en la vida intelectual como en la vida pública de México: Alfonso Cravioto, que había iniciado la publicación de una excelente revista, *Savia Moderna*, como órgano de la juventud; Antonio Caso, que gozaba ya de extenso crédito en el campo de los estudios filosóficos; Rafael López, Ricardo Gómez Robelo, Abel C. Salazar, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Angel Zárraga, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Jesús T. Acevedo, Rubén Valenti, Jenaro Fernández McGregor, Isidro Fabela, Jesús Villalpando, y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes, que tanto en el verso como en la prosa hacía ya gala de las excepcionales dotes que lo han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión. A estos poetas y escritores se agregaban algunos artistas: pintores como Roberto Montenegro, Jorge Enciso y Francisco de la Torre y músicos como Manuel M. Ponce. Más adelante vinieron a engrosar ese grupo juvenil nuevos adherentes que llega-

ban de diversos Estados de la nación mexicana, entre ellos José Vasconcelos y José de J. Núñez y Domínguez.

Al empezar el año 1907, Pedro me invitó a pasar a México, al saber que yo había renunciado, a causa de incidentes provocados por un injustificado ataque a nuestro país, el puesto que ocupaba en *La Discusión*.

Apenas llegué, entré a formar parte de ese movimiento juvenil dentro del cual Pedro era calificado cariñosamente como el Sócrates del grupo. La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro.

Ingresé poco después en la redacción de *El Diario*, que dirigía Juan Sánchez Azcona. Junto con Luis Castillo Ledón y su hermano Ignacio nos instalamos Pedro y yo en un piso de la calle séptima de Soto, donde acordamos celebrar cada domingo las reuniones literarias del grupo, que de ese modo adquirió completa unidad de espíritu y de organización. A poco, un hecho, que tenía la trascendencia de un atentado contra la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera, nos hizo presentar ante el público el frente unido que ya constituíamos: un ingenuo y mediocre versificador, Manuel Caballero, adversario del movimiento modernista en el cual Gutiérrez Nájera había figurado como uno de los iniciadores, anunció la resurrección, bajo su dirección personal, de la *Revista Azul*, que el propio Gutiérrez Nájera dirigió y fundó, y que fue tribuna del modernismo. Caballero, que se decía "parnasiano", aunque su verso era desmedrado y sin aliño, declaraba que la revista iba a combatir el modernismo. En la reunión dominical subsiguiente a tal anuncio, Luis Castillo Ledón se pronunció airadamente contra el propósito enunciado por Caballero. Todos lo secundamos y se redactó a la carrera un manifiesto literario denunciando el hecho como una profanación. El documento, claro está, no tenía la serenidad que hubiera sido aconsejable para dar mayor autoridad a nuestra protesta, y algunos lo advirtieron así. Pedro dirimió la cuestión: "Los manifiestos —dijo—, son documentos de combate, en los que no es posible aspirar a la perfección. Este tiene claridad y

energía, y eso basta". Al punto lo firmamos todos, para remitirlo a la imprenta, y a la vez acordamos dedicar un día de desagravio a Gutiérrez Nájera. En la tarde de ese día recorrió las principales calles de México una compacta muchedumbre, que encabezábamos nosotros portando un estandarte con el lema "Arte libre", y nos encaminamos a la Alameda, donde hubo discursos y poesía. Por la noche celebramos una velada en el Teatro Arbeu, colmado de bote en bote, y la nota culminante de ese acto fue el discurso que pronunció el insuperable orador Jesús Urueta, quien dirigiéndose a nosotros exclamó: "¡Santa es la memoria de Gutiérrez Nájera! Y hoy, cuando un viejo eunuco pretende mancillar su nombre y saquear su cripta para una obra de estúpida vanidad y de burdo mercantilismo, vuestra protesta generosa estalla ¡oh buenos hijos de la Grecia...!" Un trueno de aplausos interrumpió por varios minutos al orador, que al terminar fue cargado en hombros hasta llevarlo al carruaje que lo aguardaba en la puerta del teatro.

La *Revista Azul* de Caballero no sobrevivió a esta asonada literaria, después de la cual era imposible que nuestro grupo se condenara a la inacción. Decidimos entonces fundar la Sociedad de Conferencias, que con creciente éxito celebró sus primeras reuniones públicas en el Casino de Santa María. Las primeras conferencias fueron dictadas por Alfonso Cravioto, Antonio Caso y Pedro. Más adelante el nombre de la sociedad fue reemplazado por el de Ateneo de la Juventud y los ciclos posteriores de conferencias se celebraron en el Teatro del Conservatorio.

El periódico en que yo escribía, *El Diario*, mantuvo intensa y continua propaganda en favor del movimiento cultural iniciado por la juventud. No así *El Imparcial*, que había manifestado su disgusto por la protesta contra Caballero y que después nos trató con alguna frialdad. Como Pedro escribía en *El Imparcial*, determinó, contrariado por esa actitud del periódico, abandonar el puesto que allí tenía y aceptó la invitación que le hizo Sánchez Azcona de pasar a formar parte de la redacción de *El Diario*. Meses después, a causa de una vulgar intriga de redacción, Pedro se retiró de *El Diario*, y yo lo acompañé.

Ese incidente dió motivo a que nos separáramos de nuevo. Pedro entró a trabajar en la compañía de seguros "La Mexicana" y yo partí para la capital del Estado de Jalisco, como jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara*. De ahí pasé a dirigir la edición española de *The Monterrey News*, en la capital del Estado de Nuevo León, por recomendación del gobernador de aquel Estado, que era el General Bernardo Reyes, padre de nuestro íntimo amigo Alfonso.

Mi correspondencia con Pedro durante todo este período era casi diaria. Aunque separados por la distancia, nunca estuvimos más unidos. El me informaba minuciosamente de las actividades de nuestro grupo, me informaba sobre sus lecturas, comentándolas extensamente y recomendándome las que consideraba más útiles; y a la vez hacía la crítica de lo que yo escribía, con alguna severidad, pues siempre creyó que, tanto conmigo como con los demás componentes de nuestro grupo, era así como mejor cumplía su misión socrática.

Volvimos a vernos a mediados de 1908, pues la Sociedad de Conferencias me había reservado un turno en la nueva serie de disertaciones y Pedro me avisó que mi conferencia sería fijada en fecha próxima a la de una conmemoración importante organizada por la juventud literaria: el homenaje a la memoria de Gabino Barreda, reorganizador de la enseñanza en México. Alfonso Reyes, que había ido de vacaciones a Monterrey, emprendió el viaje a México junto conmigo para asistir a ambos actos. El tren que nos conducía llegó con algún retraso, apenas si momentos antes de empezar el homenaje a Barreda, que se iniciaba a las nueve de la mañana. El primer acto era en la Escuela Preparatoria, hacia donde nos encaminamos directamente Alfonso y yo desde la estación del ferrocarril. Al entrar buscamos con la vista a Pedro y de súbito lo vimos aparecer en la tribuna, pues había llegado su turno. Su oración, sólida en ideas y elegante en la forma, causó honda impresión y arrancó muchos aplausos. De la Escuela Preparatoria fuimos en manifestación al Teatro Virginia Fábregas, donde hubo un mitin en el que Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes abundaron en alusiones políticas contra el régimen imperante, que era el de Porfirio Díaz. "En México nos estamos muriendo de miedo y de mentira", dijo Rodolfo Reyes al cerrar

uno de sus candentes párrafos. Decir eso parecía mucho dentro de un régimen que había suprimido los derechos del pensamiento, y el público estalló en aplausos frenéticos y en aclamaciones delirantes. Hablaron también esa mañana dos oradores de nuestro grupo: Rubén Valenti e Hipólito Olea, razonador el uno, sarcástico el otro, agresivos ambos. Ya se sentían los sordos latidos que habían de culminar, poco más de dos años después, en la revolución de Madero.

Todavía quedaba pendiente para esa noche una velada solemne en el Teatro Arbeu, a la cual Porfirio Díaz había prometido asistir. El inspector general de la policía, General Félix Díaz, tenía concertada para esa tarde una entrevista con los organizadores del homenaje, para asegurar su cooperación a las medidas de policía que habían de ser tomadas para la celebración del acto, y el arquitecto Jesús T. Acevedo consideró oportuno informarle que, aparte del Ministro de Instrucción Pública, que era Justo Sierra, sólo habría otro orador esa noche, Antonio Caso, que siempre se mantenía en un plano elevado. Félix Díaz, que no había podido ocultar cierta contrariedad al empezar la entrevista, sonrió satisfecho y confirmó que el Presidente Díaz estaría a las nueve en punto frente a la puerta del teatro.

Pedro y yo formábamos parte de la comisión que había de recibir al Jefe del Estado. A la hora justa llegó el caruaje presidencial. Porfirio Díaz descendió pausadamente, sus facciones eran marcadamente indígenas. Su porte, severo y majestuoso, digno de su alta jerarquía. Nos tendió la mano mientras en su rostro sonrosado se esbozaba una sonrisa de cortesía y avanzó a nuestro lado, seguido de su séquito. El acto alcanzó toda la solemnidad propia del caso. Justo Sierra leyó, con voz reposada y sonora, un magistral discurso. Antonio Caso habló con su habitual elocuencia y analizó de modo tan ponderado y hábil la personalidad de Barrera, que Porfirio Díaz le estrechó la mano con efusión.

Dos o tres días después pronuncié mi anunciada disertación sobre Chopin en la Sociedad de Conferencias, y regresé a Monterrey; pero mi salud era precaria y, seriamente amenazado de tuberculosis, respondí al llamado de mi padre y fui a reunirme en Santiago de Cuba. Había un principio de

lesión en el vértice superior del pulmón derecho. Aire puro y campestre, reposo absoluto, sobrealimentación, aparte de otros recursos terapéuticos y del cuidado vigilante de mi padre, me permitieron ser dado de alta antes de pasado un año. No me atreví, sin embargo, a alejarme demasiado de mi padre, y me instalé en La Habana, donde viví durante algunos años y cursé mi carrera de abogado.

A partir de entonces no me reuní con Pedro sino en ocasiones esporádicas y generalmente breves. El imperio de la distancia quebrantaba la unión estrecha que mantuvimos siempre y aun nuestra correspondencia, aunque frecuente, hubo de resentirse de ello, recortado como estaba nuestro tiempo por los imperativos categóricos de la vida.

Por cortos días nos vimos en La Habana en 1911, y a la ida y la vuelta del viaje que hizo Pedro a Santo Domingo después de diez años de ausencia. Ya Pedro gozaba de renombre continental después de haber publicado en París (ediciones españolas de Ollendorff) su libro de ensayos *Horas de estudio*. Tres años después estuvo nuevamente en La Habana, porque en México no podía resistir el ambiente asfixiante del régimen de Victoriano Huerta. No lo vi esta vez sino durante breves días; yo había vuelto a residir en Santiago de Cuba, donde fui a ejercer la abogacía y mis obligaciones profesionales apenas me permitieron darme una escapada para ir a abrazarlo. En La Habana dió a la stampa su importante estudio sobre Hernán Pérez de Oliva y de ahí pasó a Washington como corresponsal del *Heraldo de Cuba*, que dirigía Manuel Márquez Sterling. Después siguió a Nueva York e ingresó en la redacción del semanario *Las Novedades*, a la vez que colaboraba, con artículos escritos en idioma inglés, en algunas revistas norteamericanas. Durante su permanencia en Nueva York publicó *El nacimiento de Dionisos*, ensayo de reconstrucción de la forma primitiva que tuvo la tragedia griega.

A mediados de 1916 mi padre fue llamado a la Presidencia de la República, por elección constitucional que de su persona hizo el Congreso Nacional en momentos de aguda crisis política, cuyo más sensible resultado fue el desembarco de tropas de los Estados Unidos de América en el territorio dominicano. No estábamos todavía en la época de la política del "buen vecino",

y la misión encomendada a mi padre era sumamente espinosa, pues su principal obligación, tanto en el orden moral como en el constitucional, era la de obtener la desocupación del territorio dominicano por las fuerzas militares extranjeras que se habían adueñado de algunas ciudades y cuarteles. Las condiciones que los ocupantes quisieron exigir para acceder a tal reclamación eran sencillamente inaceptables, y ante el rechazo formal que de ellas hizo el gobierno dominicano se llegó a una medida extrema: la creación de un gobierno militar de ocupación en todo el territorio fue decretada, desde Washington, lo que implicaba el desconocimiento del gobierno constitucional existente. Mi padre decidió ausentarse del país para, en su calidad de Presidente "de jure", emprender una campaña en pro de la reintegración de la soberanía dominicana. Lo acompañé a los Estados Unidos, y en Nueva York nos reunimos con Pedro, que era profesor de la Universidad de Minnesota desde hacía pocos meses. Un periódico de Minneapolis había hecho resaltar la circunstancia de que un ciudadano dominicano estuviera en ese cargo, interpretando ese hecho como una demostración de preferencia por los Estados Unidos. La respuesta publicada por Pedro fue breve y categórica: su país, pequeño y desventurado, era "el suyo" y era, por lo tanto, el de su invariable predilección.

La situación de guerra mundial que entonces prevalecía y la entrada ya inminente de los Estados Unidos de América en el conflicto, hicieron de momento imposible la campaña proyectada. Inútiles fueron los esfuerzos de mi padre por hacerse oír en Washington; y en vista de ello se reintegró al ejercicio de su profesión en Santiago de Cuba. Al firmarse el armisticio de 1918 las perspectivas fueron otras. Se organizaron en Cuba los Comités Pro-Santo Domingo, y con los fondos recaudados por esas instituciones se inició la campaña, robustecida un tiempo después por las colectas hechas en Santo Domingo, singularmente las de la "semana patriótica". Nada de esto había sido posible durante el período de la guerra.

Mi padre se encaminó a Francia en el momento de suscribirse el tratado de Versalles. Allí cambió impresiones y presentó diversos "memoranda" sobre el caso dominicano a todas las delegaciones de América, empezando por la de los

Estados Unidos. Volvió de Europa a los Estados Unidos para seguir allí la labor emprendida, y logró disponer de unos días para ir a visitar a Pedro en Minneapolis. A poco nos reunimos todos en Nueva York, junto con mi tío Federico, Tulio M. Cestero y otros dominicanos, y quedó constituida la Comisión Nacionalista Dominicana, encabezada por mi padre como Presidente "de jure" de la República. Pedro nos acompañó después a Washington, asistió a algunas conversaciones con funcionarios del Departamento de Estado, y colaboró en la redacción de algunos "memoranda" presentados por mi padre al propio Departamento y a los representantes diplomáticos de las demás repúblicas americanas.

No es del caso de entrar ahora en otros aspectos de esa campaña: he querido sólo señalar la participación que Pedro tuvo en ella, y debo agregar que, gracias a su dominio del idioma inglés y a sus relaciones periodísticas y universitarias, prestó entonces y después valiosísimo concurso a la causa que defendíamos. Al fin, en 1924, la República volvió al pleno disfrute de su soberanía con la retirada definitiva de las fuerzas de ocupación.

Con esta última mención podría poner punto final a estos recuerdos de infancia y juventud. Nuestras vidas se bifurcaron cada día más. ¡Ya habían pasado los años de ilusión y de esperanza! Quiero, sin embargo, dar por lo menos una apretada síntesis de los años posteriores de la vida de Pedro.

En 1919 se encaminó Pedro a España, que había visitado ya en 1917. En Madrid permaneció alrededor de un año y trabó amistad personal con Menéndez Pidal y el grupo de intelectuales que en torno a él constituyeron el Centro de Estudios Históricos. Allí publicó uno de sus libros fundamentales: *La versificación irregular en la poesía castellana*, que es una ampliación de la tesis que presentó un año antes, en idioma inglés, en la Universidad de Minnesota, para obtener el doctorado en letras.

Al año siguiente retornó a Minnesota, para encaminarse después a México, llamado por nuestro amigo José Vasconcelos, que tenía a su cargo la cartera de Instrucción Pública. En la Universidad de México, de la cual fue nombrado profesor, había cursado sus estudios para obtener el título de abogado

(carrera que, por otra parte, nunca ejerció). Pedro desarrolló intensa y fecunda labor al lado de Vasconcelos, y junto con él realizó un viaje oficial a la América del Sur.

Contrajo matrimonio con Isabel Lombardo Toledano. Meses después de nacida su primogénita, Natacha, emprendió viaje a la Argentina para ir a desempeñar una cátedra en La Plata. Allí nació su segunda hija, Sonia.

Residió un tiempo en La Plata y pasó después a Buenos Aires, donde había obtenido otra cátedra, sin por ello verse obligado a abandonar la de La Plata, a donde se trasladaba varias veces por semana a dictar sus lecciones. Ingresó también en el Instituto de Filología, dirigido por su fraternal amigo Amado Alonso, y de su asombrosa labor en ese prestigioso centro dan prueba no pocos libros y folletos suyos, entre ellos *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, *Para la historia de los indigenismos*, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* y *El español en Santo Domingo*. En colaboración con Amado Alonso publicó una *Gramática Castellana*, que puede decirse no tiene rival en el orden pedagógico y en el filológico. En general, su producción durante los largos años que permaneció en la Argentina es por todos conceptos admirable. Entre los libros que allí publicó se destaca *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, donde hay algunas páginas que pueden considerarse como las mejor escritas de toda su producción. Su estilo, florido y rico en imágenes durante la juventud, alcanzó grado a grado más sencilla y armónica elegancia, a la vez que gran medida y precisión.

Su permanencia de cerca de veinte años en la Argentina sólo tuvo dos interrupciones (si se descuentan sus visitas a Chile para dictar cursillos universitarios): la primera, de 1931 a 1933, cuando fue llamado por el Presidente Trujillo a desempeñar en Santo Domingo el cargo de Superintendente General de Enseñanza y, para corresponder a tan deferente invitación, obtuvo licencia especial por el espacio de año y medio, en las cátedras que tenía a su cargo en Buenos Aires y La Plata; la segunda, de 1940 a 1941, cuando la Universidad de Harvard lo designó para ocupar durante ese año lectivo la cátedra creada por el legado de Charles Norton con la condición de que por ella desfilara en cada curso una auto-

ridad reconocida, de fama mundial, en determinadas disciplinas. Fruto del curso dictado en Harvard es uno de sus últimos libros: *Literary Currents in Hispanic America*, que después de su muerte ha sido cuidadosamente traducido al idioma español por Joaquín Díez-Canedo.

Estuve junto a él en Buenos Aires, a donde fui como representante diplomático, en 1934 y 1935; y allí nos volvimos a ver a fines de 1936, cuando concurrí a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz. Pasaron después nueve años. Cuando al cabo de ellos volvimos a reunirnos en Buenos Aires, a donde llegué como Embajador a fines de 1945, no pude sospechar que a la vuelta de unos cuantos meses habíamos de separarnos para siempre. Pedro parecía lleno de salud y de vigor. Era uno de los directores técnicos, y accionista además, de la Editorial Losada, donde, aparte de otras actividades, tenía a su cargo la útil y valiosa colección de *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, cuidadosamente escogidas, ordenadas y prologadas en su mayor parte por él. En esa colección habían aparecido ya alrededor de cuarenta volúmenes. En sus cátedras y en el Instituto de Filología rendía una labor intensa y fecunda, y sus discípulos lo admiraban y lo querían; formaba parte del jurado del "Club del mejor libro del mes"; asistía a los salones literarios, y su propia casa era un centro de animada vida intelectual. Estaba escribiendo una nueva obra: *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, que terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte.

Estábamos ya en 1946. En una mañana de mayo se dirigió Pedro a la editorial, según costumbre; atendió allí diversos asuntos; y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editorial ofrecía ese día a distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no debía faltar a su cátedra en La Plata, ya que la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuerto. Apresuradamente se encaminó a la estación del ferrocarril que había de conducirle a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba, y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto

vacío. Cuando iba a ocuparlo, se desplomó sobre el asiento. Inquieto Cortina al oír su respiración afanosa, lo sacudió preguntándole qué le ocurría. Al no obtener respuesta, dio la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia, diagnosticó la muerte.

Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

La Habana, Cuba.